

X Por el Sr. Dr. Dn. Angel León Car-
vajal. _____

X **Bolívar desde los puntos de
vista sociológico, político y
jurídico.** _____



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Bolívar desde los puntos de vista sociológico, político y jurídico

PRELIMINARES

I

Respetando la opinión de graves personas que, sé, hubieron descalificado el título del presente trabajo, tildándole de confuso e indeterminado, persistí en el empeño de desenvolverlo, puesto que el intento estaba expresado y, la devoción consagrada a esa máxima figura representativa de nuestra raza, no ha podido ser capaz de amenguarse ante ninguna clase de motejos. En verdad que mis fuerzas están en visible desproporción con la extensión del fin que me propongo; pero sépase que las más veces el cariño suple a lo que falta de inteligencia, y que la buena intención debe merecer la gracia de mil disculpas por lo que fuere de simple y mal expresada una obra. A mis merítisimos profesores hago saber, de anticipado, que el trabajo puede ser todo lo defectuoso que se quiera, pero que tiene el mérito de haber nacido de un cariño espontáneo por todo lo que es cumplimiento del deber.

II

Como Bolívar produjo hechos que determinaron cambios totales en el vivir apacible de la colonia, conviene que le co-

nozcamos en algunas fases de su personalidad o que, por lo menos, le recordemos breves instantes, aunque hagamos relación de su figura mediante rasgos mal determinados; pues lo deficiente en este respecto se habrá de justificar, haciendo cuenta que de modo indispensable se impone esta relación, porque mal llegaríamos al distintivo de su obra, sin presentarle en la conjunción suprema de su grande alma con sus ideales. Exige que sepamos sus peculiaridades y la variedad sugestiva de tonos y maneras que hicieron de su persona la más brillante individualidad en cuanto es pensamiento y acción; de su nombre, un símbolo orlado de infinito; de su vida, una epopeya; de su espíritu, un lazo de amor y el talismán de justadores en lides de pensamiento.

Factor de tal índole debe ser recordado y mejor conocido, toda vez que es la causa próxima de hechos complejos que vamos a estudiar, junto a manifestaciones sociales que, a impulsos de su actividad, determinaron nuevas orientaciones en los destinos de los pueblos todos del orbe civilizado. Acaso el concierto de Estados cultos no reportó beneficios mediante la Emancipación americana?

La solidaridad internacional ensanchó su esfera de acción, recibiendo en su seno a un haz de repúblicas libres; y adquirió más corrientes de humanidad, con los nuevos principios de convivencia internacional sugeridos por el Libertador. América y Europa se constituyeron en Comunidad, despertando en ella intereses comunes de cultura y de comercio. Desde entonces los dos continentes se entrelazaron, y América se ofreció a Europa plena y sincera: la civilización milenaria trasmontó océanos y mares, para bañarse de juventud, en las tierras vírgenes de la Libertad. Europa irradió su saber y su historia de luengas centurias hacia el Nuevo Mundo, de donde llevó, en recompensa, infinito cariño y prestaciones abundantes sacadas de sus selvas, mares, minas, yacimientos; es decir, una gran porción del globo empezó a convivir, proyectándose, mutuamente, su espíritu y su carne para llenar las exigencias de solidaridad internacional.

La Emancipación hizo que América adquiriese fuerzas para poner en ejecución su facultad de autolimitarse y dictarse normas para ajustar su conducta político-social a ellas.

La Emancipación, consumada por Bolívar, abrió más esferas al ejercicio de la libertad; ésta no solo ganó en desarrollo porque América fuese libre, sino porque, en constituyendo una calidad que ha menester concurrencia de sujetos para desenvolverse mejor, la órbita de su ejercicio se abrió a espacios anchurosos, puesto que a mayor conjunto de entidades libres, corresponde mayor número de fuerzas jurídicas que aumentan el acervo anímico de un cuerpo social o de una comunidad de naciones.

III

Lo jurídico, político y sociológico, como esferas distintas en lo social, vistos en la obra del Libertador, demuestran matices distintivos de su personalidad y armonías mil, de las cuales apenas se han entresacado algunas relaciones y conjeturas, no siendo, por cierto, corta la acerba crítica que uno de ellos, lo político, ha despertado en varios escritores. Sin embargo que al Libertador le han estudiado bajo el aspecto político, muchísimos, no creemos que estuviese agotada la materia, puesto que hay puntos de vista múltiples desde los cuales se le puede juzgar; yo, a despecho de la abundantísima literatura escrita en torno de este tema, pienso encontrar puntos de vista que fuesen en lo posible algo nuevos. Desde luego, lo sociológico es el asunto que más debe mover a reflexiones relativas a su obra; y creo que, si fueran del todo erróneas varias de las opiniones en este sentido emitidas, se debería a que son esencialmente mías, puesto que habiéndosele examinado poco según ese criterio, en estudios contemporáneos y posteriores a él, yo no he tenido sino que apelar a reducida bibliografía.

Estas tres grandes manifestaciones sociales, no pueden oponerse a que se les estudiara analíticamente y por separado, toda vez que tiene cada cual limitada su esfera de conocimientos. Vista la obra de Bolívar al través de cada una de estas esferas, se alcanzará a comprenderla mejor, y él mismo será descubierto en algunos puntos psicológicos ocultos todavía a nuestras miradas, en razón de la estrecha crítica efectuada en rededor de sus trabajos. Así el inmenso marco de actuaciones complejas se habrá de simplificar, facilitándonos a penetrarle intimamente su originalidad. Demolió una era y creó otra, alumbrada con los fulgores de su alma, que, ade-

más de su don deslumbrador, tuvo la extensión y fuerza necesarias para multiplicarse y existir rediviva en todos y cada uno de los pueblos de América.

En cuanto héroe no ha menester grandes estudios que le pusiesen en contacto con el conocimiento general. La Historia, juez y testigo de cómo procedió, ha empezado a cumplir su tarea, deponiendo ante las generaciones contemporáneas sus hazañas que tocan a lo legendario. En ese sentido ya se pertenece al dominio universal, y la conciencia del mundo le conoce como el Héroe Hepónimo de la cuarta parte del globo. Bolívar guerrero, Bolívar héroe y libertador, que retó al imposible, lo mismo es respetado en América que en Europa; pero el político y el legislador, a más del testimonio histórico, están requiriendo que nos intimemos a él, y le examinemos con paciencia. Por este motivo debe despertarse mucho interés en la juventud, para que esa como admiración instintiva que profesamos a Bolívar llegara a encarnarse en crítica científica. Hizo mucho: su obra emancipadora colocada entre los lindes de dos siglos, significó para el universo el advenimiento de una buena parte de civilización; civilización que en fuentes jurídicas, políticas y sociológicas no vino corta. Estudiémosle en estas fases, y habremos adquirido esa admiración racional y reflexiva que necesita para colocarse con brillantez impolutiva, y, en su totalidad, como el primer emisario de la cultura contemporánea en el sentir de los pueblos civilizados.

Las cualidades predominantes en la personalidad del Libertador

He dicho que no es inoficioso conocer las notas más salientes del temperamento del autor de una obra, en el caso que hubiere necesidad de determinar el contenido esencial de ésta. Entre las causas que la explican se cuentan también el modo de ser o el carácter genial del sujeto, el material psicológico que le pone coloración y su genio. Tanto más es necesario este examen, cuanto entre el agente que actúa y lo que resulta de su actuación se verifica el fenómeno de causalidad, según el cual aparece al ojo del observador clara la vinculación de causa y efecto por lazos de naturaleza idéntica; es decir, que entre el grado de potencialidad intelectual y la calidad de una obra producida por ésta, media un orden de correlación de mérito y valor intrínseco. Cualidades psicológicas que operan conjuntamente con intensidad y fuerza máximas, revelan equilibrio y armonía en el pensar y en el obrar, y, asimismo, el producto de sus operaciones no puede menos que representar, en esencia, la fuerza de cada facultad y la euritmia con que actúa.

Ahora bien, en juicio de las más autorizadas opiniones científicas, el Libertador, fue espíritu equilibrado hasta lo sumo. A tal asentimiento contribuyen a robustecerle las condiciones de correlatividad y armonía que brillan en sus obras. La Emancipación, trabajo de profunda penetración y esfuerzos, en conjunto, es el golpe perfecto del pensamiento y de la acción, manejados con acabada perfección. De igual manera esplenden ráfagas de la voluntad que de la razón. En ella,

lo mismo, lucen valor, carácter, que inteligencia y sentimiento, y todos de estilo superior. Los más bellos episodios que nos llevan a creerle una leyenda se nos imaginan cuadros fantásticos en que se recreara el numen de un artista poderoso forjándoles en fondo áureo, con pinceladas que son mitad llama y mitad epopeya; si no hubiesen sido manejados por el Libertador no fueran de esa condición heroica: múltiple en las coloraciones del espíritu, múltiple en los grados del sentir y en los modos de obrar.

Pero, entretanto, escritores hay que no sabemos si por afán de verdad científica o singularizamiento hanse dado modos de sorprender en las dotes de Bolívar rasgos lombrosianos, comunes a los degenerados y a los que adolecen de delirio, hiperestesia psíquica, esterilidad, etc. Este rudo empeño de estudiarle con ciencia ha hecho que se identificara el genio con la epilepsia, alegando la analogía del acceso epiléptico con el momento de la inspiración, por «esa inconciencia activa y potente que crea en el uno y produce convulsiones en el otro». Quizá dentro de las secretas maneras de vitalidad producidas en el organismo que funciona, exista esta singular analogía, de que solo los maestros iniciados en comprender los misterios que se operan dentro del tejido orgánico, lo supieran; pero juzgando las cosas de acuerdo con los principios del más elemental modo de pensar, tal aseveración se la puede mirar igual que una anomalía. Como en este orden de conocimientos, es sabido, que la ciencia no arroja mucha luz, puesto que todo examen arranca de hipótesis, presumo que argüir algunas razones contra aquellos que afirman el desequilibrio y la anormalidad de Bolívar, no será un disparate ni mucho menos un entrometimiento. Ellos alegan hipótesis; yo me valdré de los motivos que han tenido, como base de sus sistemas, las tres principales escuelas que le han visto al genio desde aspectos diversos.

Pero, ante todo, diré, que el esfuerzo científico nos reserva sorpresas inesperadas, y por ende convengo que a fuerza de observaciones y examen pueda, más tarde, la ciencia, probarnos que sus hipótesis sobre el genio han llegado a ser realidades; pero mientras eso, no es del todo ocioso que los no científicos emitiésemos opiniones al respecto, puesto que todo lo que es juicio, si no es todo luz y verdad, no es tampoco todo sombras; cualquier pensamiento envuelve siquiera un reflejo de claridad, y por consiguiente no debe ser digno del

mayor desprecio, y, por fin, la palestra de la razón es libre como la verdad y anchurosa como el infinito: no es de pocos sino de todos, en la que el pensamiento bulle y recorre con la misma libertad.

El hecho de aplicar el método positivo al estudio del genio, jamás puede justificar el que se trabuquen conceptos y trastruequen las reglas de la lógica. Podrá el examen positivo ser lo más eficiente y acertado que se quiera; mas hay principios casi eternos que se mantienen, impolutos, ejerciendo la norma de toda mentalidad encaminada a ejercer examen fisiológico en torno de cualquiera entidad histórica o social. Y es que rigurosamente considerados esos principios, son todo verdad, porque expresan un saludable realismo que ayuda a fortalecer la vida de los que saben acatarlos. La antigüedad que ha ligado sabiduría abundó en normas del buen vivir, y entre ellas figura una que sirve regularmente de postulado para desarrollar un tema del que me ocupa. Breve, sencilla, pero profundamente verdadera: «Mens Sano Incorpori Sano», dice, y es para indicar lo que cualquiera interpretaría del mismo modo que el vulgo y los sabios tienen como criterio de verdad, que el estado psíquico se corresponde enteramente con el del organismo. Pero los que nos quieren enseñar que es posible la experimentación sobre el modo de obrar de las facultades mentales, se rebelan contra este famoso aforismo, alegando que un organismo enfermo y «degenerado», es digno, y el tan solo, de ofrecer cabida a las cualidades del genio. Es decir, los que anheláramos un rayito de luz para nuestras oscuras cabezas, que naturaleza nos negó semejante privilegio, posiblemente, habríamos de conseguir entorpeciéndole al cuerpo material. A semejante conclusión conducen, y de tan absurda manera concuerdan con el curioso dogma que manda mortificar la carne para levantar el espíritu a Dios.

Emplear el método positivo, viene a ser necesario para cualquier investigador que propenda a descubrir verdades; puesto que la deducción especulativa, en varios casos, no es más que filón para explotar errores, y razón para defender errores; mas

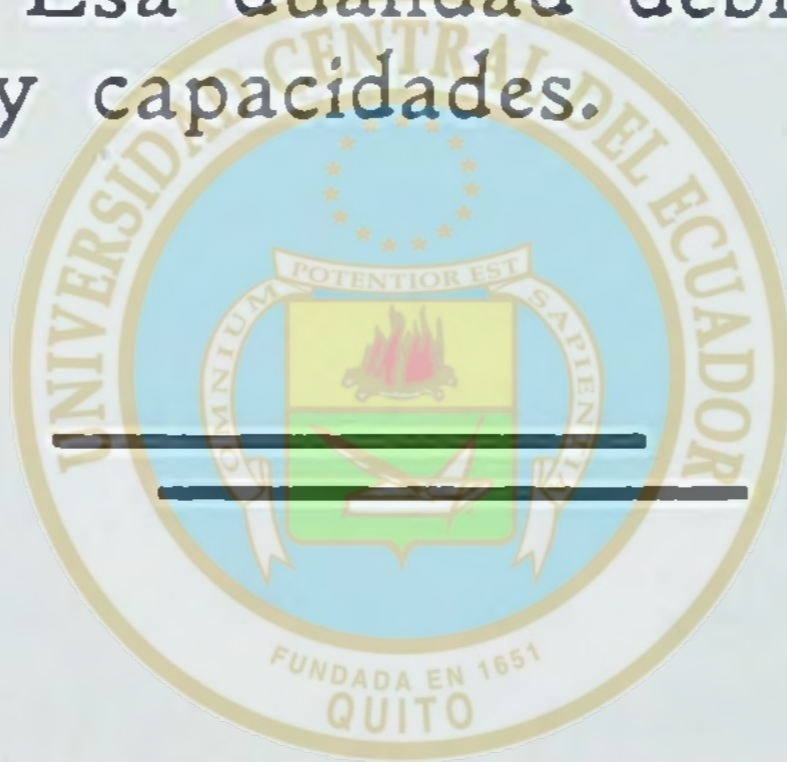
de aquí a que se le descalifique totalmente, corre buen trecho, en que es menester reparar y hacer juicios sobre la materia. Muchas veces, lo meramente especulativo, da con la verdad, en virtud de raras impulsiones racionales, sin apelar a experiencias laboriosas y árdidas en que pasa aplicado el investigador que desconfía de todo acerto vulgar; por eso no debe ser prudente que a guisa de positivistas llevemos las cosas al extremo de negar la eficacia del juicio recto concerniente a lo real y exacto de varias especulaciones, en sí mismas verdaderas, sin la ayuda de experimentación alguna.

Y es injustificable que siendo las cosas claras en este sentido para el conocimiento vulgar y científico, abusen tanto del positivismo, hasta llamarle a Bolívar degenerado: pues, el que no cae en ligerezas o estrambotismos, negará enérgicamente que la degeneración orgánica produce equilibrio psíquico. El equilibrio que le acabala al genio en el crear y descubrir leyes de relación, en el producir obras eficientes con que determina las grandes transformaciones, viene o debe venir de un cuerpo esmeradamente organizado y sano, fuerte para resistir esa labor tenaz y combativa de sus facultades psicológicas que, si no estallan con golpes intempestivos de acción, revientan en maravillas tornadas ideas, leyes, principios. Repugna que órganos venidos a menos, cuerpos humanos endebles fuesen más propicios para el desarrollo del genio. Parece que ante la inepticia de explicar científicamente, en qué organismos suele morar el genio y qué causas obran en su generación, han querido proscribirle del debate prudente y moderado este problema, envolviéndole con absurdos; y, apelar a este método para exhibirle a Bolívar, ciertamente es una rareza, mal intencionada que no merece miramiento.

Hemos advertido que a pesar de la numerosa documentación histórica relativa a la vida del Libertador, no han reparado en sus rasgos más íntimos e importantes para aplicar, a esa vida, el estudio positivista. Su pasmosa resistencia a todo linaje de viscisitudes, su tenacidad con que trabajaba todos los días sin agobiarse a los más imprevistos contratiempos; la fuerza con que sabía domeñar las circunstancias más embargables; el hecho de haberse habituado a llevar desapercibidamente la vida multiforme, y las más veces, rústica de las campañas, nos están indicando que su organismo debió ser de recia contextura, digno para consti-

tuir cabida de esa alma inmensa, hecha para producir estallidos que aún repercuten en América.

La virtud sintetizadora y de llegar a inesperadas pero exactas conclusiones, para abarcar las cosas de bulto, acertando en sus lejanas relaciones, por esa manera de dar inmediatamente con sus diferencias y semejanzas; de hundir el pensamiento en el futuro, preverlo y vaticinarlo, partiendo de las condiciones del presente; esa aptitud para determinar la suerte de los pueblos leyéndola en sus caracteres etnológicos, físicos y sociales; para llevar a cabo operaciones que lo mismo parecen leyendas, que milagros, sin embargo de ser reales; ese poder de comunicar a los acontecimientos el matiz de su propia individualidad, y que las sociedades adquieran el tono y calor de la misma, están diciendo muy alto que Bolívar vivió una vida tempestuosa, pero siempre emergida de un organismo y de un espíritu atléticos, por la fuerza y la fecundidad. Esa dualidad debió ser un concierto estupendo de energías y capacidades.



La ciencia positiva ^{ÁREA DE INVESTIGACIÓN DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL} se viene a menos, cuando expresa que los actos intelectuales del Libertador, no proceden por reflexión, sino mediante «esa actividad inconsciente que no razona ni piensa y estimula a los actos desmedidos y sin cálculo».

El Dr. Arcaya, que está en este sentir, al parecer, llevado del afán de ser sincero en su carácter de sociólogo. quizá no hizo cuenta del contenido de muchísimos documentos públicos del Libertador, en que nos hace saber cuánto meditaba y de qué modo tan rigurosamente reflexivo procedía, para llegar a un resultado al momento de emitir cualquier dictamen; y, además, al pensar así, el respetable sociólogo colombiano, quiso decir que nuestro genio, fue alucinado, hecho para obrar tan solo por inspiración; pero entonces olvida que el genio es esencialmente humano, y que sobrepuja al nivel común tan solo en celeridad y acierto. Estos piensan y obran aceleradamente y con certeza. Nunca divagan, porque de cualquier materia extraen la sustancia.

La carta que suscribió en Kingston Bolívar, y en la que hizo una especie de predicción sobre el futuro político de cada nación sudamericana, es una prueba de que sus actos no provenían de impulsos inconscientes, sino de cálculo y medida, de hondas meditaciones. Tomando elementos étnicos, políticos, sociales de cada país determina la suerte de su desenvolvimiento. A los factores que impulsan e imprimen movimiento social les atribuye su valor preciso; y evitando alucinarse por la aparente preponderancia de cualquiera de ellos, arranca de los puntos de vista más amplios, según los cuales abarca la cuestión en su mayor latitud; ni lo económico, ni lo moral, ni lo físico, ni la índole del carácter, de las costumbres de un pueblo no constituyen para él, sino en conjunto, y mediante aquella interacción visible, causas inmediatas o remotas del desarrollo social. Nada propone de improviso, porque todo es de antemano pensado. Su fuerza en el pensar, certeza en el decir y la celeridad con que alcanza la ciencia de lo que piensa y el orden que pone en la expresión, nos mueven a creerle un inspirado. El modo que con estos medios hiere en los secretos, ahondando en su seno con aquella luz racional vivísima y penetrante que nos arroba, vive instigándole a vertiginosos vuelos a su inteligencia. Su espíritu es fuego de puro activo; pues por esa fogosa actividad opera sobre las cosas implacablemente. La observación vulgar, le intriga, y por eso hace análisis y revisamiento sobre las doctrinas, el sentir general y la opinión contemporáneos; no les profesa fe, y es porque está hecho, para largas giras, su pensamiento,

De esta laya es la naturaleza general de su intelecto, la misma que se puede vislumbrar al través de sus escritos. Genio múltiple que a fuerza de sus destellos, no permite aún que le penetremos, francamente, su mundo interior, en varios puntos esotérico a nuestroe ojos. Hombre de pluma y obra, de espada y de pensamiento, dió temibles tajadas en el secreto e hizo venir por tierra esa caterva de prejuicios que, a lo largo de cientos de años, fueron harto eficientes para amilanar nuestra etnología.

Bolívar, derribando del tablado al fraile dominico que hacía por volver la opinión popular para la causa del rey, en 1812, se nos imagina un iluminado; mas, ahondando en este pasaje, no ocurre sino que, abrasado por el fervor de la verdad y de la justicia, con un golpe admirable de razonamien-

to, asestó esa lanzada mortal al fanatismo que pretendía tornar la acción de la ley natural en venganza divina. Lejos de constituir este acto efecto de impulsión inconsciente, es en el fondo, resultado de un intenso proceso reflexivo, que, por la forma, el momento asombrado por colores espantosos, se baña con las tintas de una hermosa inspiración, ya que, sobre el furor de la naturaleza y sobre el ofuscamiento de la razón de los demás, proclama la verdad y derrota la mentira.

El Dr. Arcaya, haciendo referencia al aprieto de Casacaíma, niega que el Libertador trazara planes de liberación de manera reflexiva, alegando que en esos momentos, la muerte debió aparecerle a sus ojos, y que no es lógicamente posible creer hubieran sido palabras de juicio normal, sino producidas por delirio, aquellas que pronunció sobre la extensión que pensó dar a la guerra de Independencia y el valor de ella para América. Pero el delirio no expresa los caracteres de un lógico raciocinio, ni las maneras de un juicio recto con que se caracteriza esa visión real de su valor personal, y que en orden de profecía cumplida tuvieron nuestros mayores, desde que independizó Cundinamarca, Quito, Perú, e hizo flamear el gonfalon de Colombia libre en el Potosí. Profirió una gran verdad Unamuno al decir que Bolívar «fue todo un hombre». Así la humanidad en él no sufre mengua, y el equilibrio de sus facultades queda en su punto, y esa armonía con que concurren en toda operación resalta, a nuestras miradas, más visible y más iluminada.

Se debiera no olvidar esta particularidad, para estarnos a cubierto de inmensos errores en el momento que pensemos sobre el genio bolívariano. Es muy necesario que recordemos esta cualidad distintiva suya, para saber que no inconscientemente procedía, sino de pensado y midiendo con austeridad las razones de sus actos. Cuando examine sus ideas políticas, me valdrá bastante este recuerdo, para valorizarlas, haciendo mérito a la acción de su temperamento equilibrado.

No en vano estudio esta parte de la persona del Libertador; pues convencido como estoy que su actividad dimanaba de la concurrencia de todas sus facultades, esto me sirve para denotar las ventajas que, ese concierto de cualidades en el obrar, entrañaría un beneficio para toda persona, si consiguiera más que en el sistema de educación moderna, se introduzca el hábito de no dar preferencia a una sola facultad, sino a que concurriesen en conjunto, y siempre, para todos los

actos de la vida. Así ganarían no solo las personas, sino la sociedad. De ordinario, el que ha cultivado el sentimiento igual que su inteligencia, reporta más ventajas del ejercicio de sus cualidades; y cuando de estas personas abunda una sociedad, de seguro será feliz o propenderá a serlo; pero, por desgracia, la cultura igual para todas las cualidades, no es cosa corriente entre el mayor número de la especie humana. Cuando no asoman esos seres extraordinarios dotados con el privilegio de mover, a una, todo su complejo psicológico, los individuos que han cultivado armónica y ordenadamente sus facultades, son escasos. El criterio contemporáneo tiene en poco el valor del sentimiento como fuerza de acción y máxima de vida; es que mientras a la inteligencia concede puesto de honor, a las demás facultades atribuye un reducido papel. Desde luego es explicable, si juzgamos que el carácter del tiempo exageradamente mercantilista, haciendo urgente el cultivo esmerado de la inteligencia, ha decretado la bancarrota del carácter y de los demás factores psicológicos. Actualmente las conveniencias estimulan a pensar, y a pensar hondo, para conseguir el éxito de la vida; mas, como no se repara en la calidad de los medios para llenar las exigencias y cumplir las finalidades, aquellos son indiferentes para el agente; de donde el olvido de las cualidades afectivas es lamentable.

La obra del Libertador, mirada del punto de vista que afecta a su cualidad moral, es educadora en cuanto demuestra la imagen de sus sentimientos despertados por las más sublimes intenciones. En ella la inteligencia alumbró al corazón y éste, hablándole en lengua de la fraternidad humana, le determinó a sacrificarse en rescate de la libertad continental. Por esa obediencia que profesó, al dictado de sentimientos inflamados de amor humano, se debe el que hubiese adquirido, la meta tan alta de armonía y el realce de tanta grandeza su epopeya emancipadora. Quizá la fuerza con que más atrae y maravilla, el color de infinito con que nos seduce, se debe a que en sus episodios vertió, sin tasa, ese fluido celeste emanado de su sentimiento exquisitamente culto. Al solo haber operado inteligentemente sería estéril, en parte, su intervención heroica, sin esa gracia divina que le vuelve una leyenda orlada de llamas.

Bajo el aspecto del concierto de sus facultades, Bolívar merece que le tomara por modelo, la cultura moderna, en que

flaquean enormemente los factores morales del sentimiento. Esa inconsciencia que han querido sorprender en su actividad; esa extensión desmedida de sus actos, que creen se debió a impulsión instintiva, no son sino reflejos de las llamaradas de su espíritu entusiasta, nacido para amar y hecho para redimir. La misma acabada perfección de su equilibrio psicológico, nos induce a creer que no razona ni piensa, porque no advertimos en su obra el estilo escueto de los meros razonadores. Descendimos a pensar que obra, por mecánica instintiva, y es porque no hemos procurado examinar su obra reflexionándole, para conocer el cálculo y la medida con que procede.

Si habrá datos que a mí se me ocultan, que expresan cómo el Libertador está sujeto a seguir el movimiento convulsivo de su instinto, no sé; mas la verdad es que juzgo que el testimonio más auténtico sobre su temperamento reflexivo, está constituido por sus propios escritos, y por cierto que éstos son una lección de lógica y de profundo pensar. La propiedad que le exalta y le distingue, que le determina a lugares que no han llegado sino espíritus muy altos, la síntesis, que en sí misma, significa una ordenación de concepciones y de principios, expuesta con suma concisión y certeza, expresa la esencia de un contenido vasto, y descubre relaciones necesarias de las cosas, ocultas a la generalidad. El don de expresar por síntesis el sentimiento interno y los conocimientos, no es dado al que ejecuta actos obedeciendo a movimientos impulsivos.

Es contrario y en extremo opuesto el temperamento sintético, que procede mediante largas meditaciones y análisis profundos, a aquel violento e inconsciente. El Libertador cuando piensa, mide el peso de las razones atribuyéndoles su valor y su alcance precisos; y cuando escribe, nunca expone principios sin exhibir, a las claras, los motivos que los explican. Así, pues, parecerán irresistibles por lo que tienen de luminosidad y fuerza, y parecerán inmensas sus concepciones por lo que tienen de latitud, pero no inconscientes.

El interés social exige bastante prudencia para la crítica de la personalidad del genio; pues cuanto más superior el examen positivo le comprenda, tanto más representativo será de la especie humana, en lo que es de superior y racional; y a este caso no llega el examen que arranca de pasiones o de prejuicios. Serena ha de ser para conseguir que el genio se muestre, tal como es en su realidad; solo en siendo pura y sin malas intenciones, debe dedicarse a presentarle ante el medio social y ante la ciencia. La buena crítica conviene a ésta, toda vez que adquiere elementos valiosos con que confirma o niega el valor de las hipótesis relativas a la explicación del genio. Suministra importantes observaciones que, las más veces, sirven para desvanecer prejuicios o descubrir verdades. El genio, sin embargo que abundan doctrinas y tratados dedicados a explicarnos sus constitutivos, no es una cosa definitivamente dilucidada. En razón que han surgido diversas escuelas y le estudian partiendo de puntos de vista distintos, su explicación es ardua y compleja. Con todo, me prometo aventurar la más corta explicación, porquesabiendo es necesario conocer a Bolívar, en su cualidad moral y en su originalidad, para conseguir una meditación de sus ideas políticas, según el valor intrínseco de estas dotes, además de otros términos de comparación y de otros criterios que tengo en reserva, no puedo prescindir de echar una ojeada general sobre el genio. No será extraña a nuestro caso, esta explicación, puesto que dará lugar a que resalte más delimitada, más una e individual la figura del Libertador, frente a las condiciones del genio en general, y frente a otras personas que tuvieron en la historia alto rango y celebridad. Ante todo me cumple apelar a las diversas doctrinas de que pueda procurarme una explicación que, en lo posible, estuviese de acuerdo con mi pensamiento, y con el criterio que he concebido tocante a los factores que concurren en la determinación del genio.

En tratándose de doctrinas, sabido es que, pocas, en la historia del pensamiento, han expuesto una gran verdad, una absoluta verdad en toda su exposición literal. Ha habido

sistemas que han dicho muy poca verdad científica, y que no han sido totalmente falsos. Siempre comprenden algún aspecto verdadero aunque en los demás rebase la falsedad. De aquí que fuese más provechable valerse de todas las que tienden a explicar una misma cuestión, puesto que, arrojando cada cual un girón de verdad, en conjunto, formarán un medio más propicio para conseguir la completa verdad que se busca. De las doctrinas que se han propuesto y la explicación del genio, ninguna ha agotado el tema, ninguna ha proferido una verdad que hubiese satisfecho, de idéntica manera, a los investigadores; mas también ninguna es absolutamente errónea. En este trance he de optar por el sistema que juzgo más aceptable, para agregar verdades a la resolución del problema que me ocupa; y consiste, en tomar de cada cual lo conveniente: y luego habré de propender a coordinar todo lo extraído, en la esperanza de que en ese conjunto causal, resida la mejor explicación científica del origen de las cualidades del genio y de su relación al medio social, en que aparece ligado durante las grandes transformaciones.

La escuela estética, que es la más antigua, examina abstractamente el genio, prescindiendo del organismo físico y del medio social. Tampoco tiene en cuenta las condiciones históricas que circundan su nacimiento e influyen en el desarrollo de su persona intelectual y moral. Se pone frente al espíritu y de las cualidades, que determinan su poder y extensión. Abstrayéndose de otras preocupaciones que no fuesen metafísicas, se limita a analizarle según el vasto criterio de generalizaciones que cumple al método deductivo. La escuela histórica, coloreada con tintas de realidad, desciende de las alturas metafísicas y encamina sus investigaciones directamente a los fenómenos de la historia humana. En ésta hay acontecimientos y hechos que influyen en el nacimiento del genio. Las circunstancias del momento apremian, atormentan a la naturaleza, para que concentre en un individuo recursos, medios y energías con que encauce las fuerzas sociales desbordantes y en desarreglo, pero que pueden o son capaces de producir impulsiones ascendentes en el progreso social. Según esta escuela, el genio es cosa de ciertos lugares y de ciertas épocas. Deberá ponerse en un horizonte que señale las últimas exhalaciones de una época o de un gran período y las auroras de otros que nacen. Cree que la naturaleza tiene señaladas

las veces en que fuese oportuno mandar hombres ciclópeos a ordenar la vida de los pueblos, según exigieren sus necesidades. Para ella, en la historia, consulta la naturaleza, esas oportunidades en que conviene originar el genio. Esta es un dios, un coloso engendrador de estos seres en los misterios o en la fatalidad de los acontecimientos.

Hay otra escuela que no satisfecha con las razones que encarecen las demás, prueba a examinar al genio en las estrechas redes de lo fisiológico. En esta esfera de análisis, los actos espirituales que arroba a la escuela Estética, no dimanar sino de desequilibrio orgánico. El método positivista es llevado a los extremos y las consecuencias que deduce, son desconsoladoras, para aquellos desgraciados que llamamos genios.

Una especial manera de explicar el genio ha existido siempre. Diríamos que arranca de tiempos remotos, desde la antigua Grecia. La herencia, toma este modo de explicación, como factor preponderante entre aquellos que contribuyen a generarle. Pero como no se ha ordenado en sistema, no se puede considerar fuese doctrina aparte. Se le debería mirar como otros tantos auxiliares que hacen luz en el asunto y facilitan la comprensión del fenómeno de la genialidad. Su manera racional y lógica, su sentido práctico explicable hacen que ocupe lugar preferente entre las causas de acción inmediata en la generación del genio. La tradición en que se conservan intactos, vivos los recuerdos de los antepasados, (cuya prosapia sí es ilustre por la moralidad de su vida, por la pureza de sus costumbres, vive feraz y cristalina en ella), trasmite, por decirlo así, mediante la acción de la herencia a lo largo de su estirpe, esas cualidades, esas costumbres, aptitudes y maneras brillantes, hasta que aparecen espléndidos y fulgurantes en cierto miembro de esta estirpe. La herencia, conservando al través de las generaciones, el mérito y valor de los antepasados, hace florecer esas cualidades en un hombre (porque no ha habido genios femeninos que sepamos); y así él levanta a la vida gallardo, pleno de espiritualidad.

Como vemos, cada una alega razones que en parte satisfacen, pero tomando en consideración que ordinariamente, el genio cumple funciones de trascendencia social, produciendo transformaciones, orientando la vida colectiva de una nación o de un continente en épocas de grandes crisis que afectan totalmente a su constitución intrínseca, aquel criterio

de unilateralidad viene sumamente estrecho, puesto que la esfera de la fenomenalidad genial comprende límites más latos.

Variando el plan de que se vale la escuela fisiológica para explicar el genio, ésta debería ser la más autorizada, indudablemente, porque el punto de que arranca es el fundamento lógico, la base de que un examen prudente reportará muchas luces, para esclarecer esa suerte de enigma con que se envuelven las principales dotes del genio. Mas esto no bastaría; sin embargo que produce sus análisis sobre base de organización física, esta escuela pecaría por deficiente y limitada: estuviera resuelto el problema mediante sus demostraciones, no quedaría expedita esta pregunta racional que a cualquiera se le ocurriera. Bien; la escuela Fisiológica prueba que el genio se produce en tales organismos y no en otros, ¿por qué no se produce siempre que estos existan, sino que surge inesperadamente, ligado a un período, el cual, por las peculiaridades de los diversos momentos históricos que abarca, señala o caracteriza una época en la historia humana?

La escuela histórica abunda en razones, y todas, a cada cual más apreciable, demuestran que el genio no es cosa extraña a la acción de los factores sociológicos e históricos.

Toda transformación de índole genética, esto es que crea, que origina nuevos hechos, nuevos órdenes de vida, de socialización, que suscita instituciones con ilimitadas esferas al ejercicio del pensamiento, ha venido ligada a esos seres superiores. Basta recordar aquellos movimientos sociales que han obrado en la humanidad restándole prejuicios y barbarie, en cambio de sanas doctrinas y conquistas invalorable, llevadas a término por los fueros de la justicia y por el respeto a la persona racional, para convencernos que coincidieron con la aparición de un hombre extraordinario. Sociedad que está en vía de transformarse, pasa largos períodos (de ordinario aquellos que son inmediatos a su sacudimiento) continuamente agitada, removida. Los golpes que estallan en las superficies, arrancan de lo íntimo de la constitución de una sociedad; en el seno de su conciencia, trabajan factores solidarios que obran de consuno: económicos, morales, políticos, religiosos, jurídicos, todos a una mueven los resortes internos. Estas fuerzas, entregadas a sí mismas, caban las capas subterráneas de los pueblos. Cuando toman impulso, se denuncian mediante sordos estremecimientos, que casi siempre se resuelven, disgregándose sin orden ni prudencia por entre

todo aquello que es parte integrante de un pueblo. Sin coordinación, sin unidad, sin la armonía indispensable con que se operan esas grandes renovaciones bienhechoras a la humanidad, el trabajar intenso y continuo de esos factores, no será estéril; pero tampoco será todo lo provechoso que se querría, puesto que, por exceso de impulsión e intensidad, se apreciaría un verdadero desgaste de energía. Sabia la naturaleza, y como para no desmentir el supremo equilibrio que gobierna su ser y en virtud del cual se mantienen las esferas y todo lo creado en orden, tratándose de hechos que afectan a la sociedad, les ha impreso ese mismo atributo del orden, (siempre que los fenómenos sociales se desenvuelvan al impulso de leyes naturales) sujetándoles a la dirección de un hombre extraordinario. En momentos que el obrar de aquellas fuerzas es más intenso y cuando están a punto de decidir el golpe, viene a colaborar con ellos un nuevo cofactor: el factor psíquico, que ordena y suele manejarles conforme las reglas de la unidad y de la lógica que distinguen a la razón humana. El genio, que en pocas ocasiones, no es solo atributo de un individuo sino que dimana de los caracteres de una colectividad, es indispensable, para impedir que los elementos naturales sucumban al empuje de acontecimientos históricos inesperados, y para complementar la acción de leyes sociales. El genio coordina, unifica e imprime el sello de la eficacia y de la armonía a los hechos sociales que magnifican una época, y son iniciados por el impulso de leyes naturales.

Si la escuela positiva, apreciando estos puntos de vista, amplificara el sistema de que se vale, buscando a su explicación netamente fisiológica, modos de introducirle el factor histórico, como uno de los condicionantes del genio, satisfaría enteramente el pensamiento científico; pues que así no quedarían descartadas varias razones que alega la escuela histórica, y que son decisivas.

Hay más: observando que las aseveraciones de ésta guardan fidelidad con hechos ocurridos en las épocas más salientes de la historia, el genio sobre entrañar condiciones orgánicas especialísimas, surge como producto de causas sociales

peculiares al momento histórico en que aparece. Para el advenimiento de Sócrates, las maneras sociales inestables e inseguras, según era el pensamiento contemporáneo, sofístico, sin afán de verdad, elástico, ambiguo y pobre de ideales, ya habían acabado de desmoralizarse y empezado a provocar la reacción, reacción que culminó con aquél. Este tronco arraigado en el cerebro de la humanidad y del cual todas las filosofías habidas no han sido más que retoños, acaba con la sofistería e inaugura su filosofía inmensa, proclamadora de verdades que han venido atravezando impolutas los siglos. Entre los elementos que preparaban la reacción, hubo causas de indole sociológica, que nacidas de orientaciones contrarias a la lógica del pensamiento, concurren a cristalizar en un individuo, todas las energías destinadas a enderezar esas maneras especiosas de pensar. En la Grecia de entonces, joven vibrante, plena de virtualidades, una crisis filosófica que hace nacer otra crisis de carácter moral y político no pudo menos, en virtud de calidades étnicas, tan propicias en los griegos, a encarecer el ideal, que originar una corriente de energías morales y de anhelos indeterminados porque se esclarezca la verdad filosófica: energías y anhelos que, no por ser indeterminados y estar en el fondo oscuro de la conciencia social, pudieron ejercer papel nugaratorio en la impulsación progresiva del pueblo. Sócrates vino en momentos que las agitaciones silenciosas contra el filosofismo, efervescían, aguardando un gran intérprete que se hiciera eco de sus protestas.

Pericles, César, Dante, Napoleón, etc., aparecen en épocas que denuncian movimientos sociales profundos; y así es como su nacimiento ocurre cuando ese laborarse oculto en la constitución del pueblo, está para estallar en la superficie. Napoleón, fundido en el seno de una época que preludiaba la más cruenta tragedia humana, surge a la vida, animado de espíritu hecho para la guerra y por la guerra, en cuya virtud se exhibe todo él, involucrado en caparazón bélica. En su cerebro hierve la guerra, en su corazón efervescían odios por la paz; se debate en aspiraciones de ganarse el universo a fuerza de acribillarle con bayonetazos; ensordece el mundo, al estallido de sus cañones que dispara desde la Francia; mas esas cualidades y estos hechos, no desdican la calidad del período de su aparecimiento, sino que mejor le explican; y este mismo período es emporio de causas que hacen luz en la enigmática psicología del gran corzo. Ese espíritu reivin-

dicacionista (que mantuvo en acecho al pueblo, hambriento y desnudo, que aguardaba la ocasión de echar en tierra privilegios y gabelas señoriales, ejercidos en tiempos de fausto para los grandes y de tormento para plebeyos y desgraciados) que naciera de la justicia oprimida y del derecho conculcado, en la dolorosa espera del momento de ruptura, debió crecerse, hasta pasar los límites del reclamo racional, y degenerar en codicia. Napoleón representa esta fase del espíritu nacional: no es que el alma de la Francia doliente, reclamadora del reparto equitativo y de la justicia distributiva, se haya identificado a su espíritu ególatra; es el pueblo francés, codicioso e insaciable, que se ha espesado en la individualidad de este hombre. Son las circunstancias, el momento histórico y la gesta de odas y sangre que rebullen en su alma cumbre, viuda del espíritu humanitario, que, de haberle asistido, seguramente fuera eterno, igual que el Libertador Bolívar.

Lo humanamente científico debería estribar, para explicar el origen del genio, en que se procurase relacionar las más autorizadas razones que alegan las tres escuelas puestas en alto relieve. Como se sabe, ninguna de éstas es todo verdad ni todo mentira: desde algunos puntos de vista, parte de sus explicaciones son concluyentes. Veamos.

Los metafísicos, haciendo un examen abstractivo de las cualidades del genio se bastan; no avanzan a explicarse razonablemente. Su pensamiento revela un carácter de análisis sobre el espíritu del genio: comprendiéndole, espiritualmente, nos lo presentan un hombre de facultades superiores. Ante ellos siente, piensa y obra de modo inalcanzable por la generalidad de los hombres; y como se abstraen de conocerle en su organización fisiológica, le miran como un ente cuasi divino.

Por lo incompleta y generalizadora, esta forma de pensar, no puede merecer todo crédito; mas, en cuanto determina lo que es psíquicamente y puede alcanzar con pensamiento y acción, está bien asentada esta doctrina. Nos permite conocer el un aspecto de su dualidad, pero dejándonos a tientos en lo relativo al organismo físico. El pensamiento científico requeriría en este caso, que no se les comprenda separados a esos dos constitutivos básicos del genio. Pero la escuela fisiológica abarca en sus conocimientos los dos factores, determina las fuerzas que les unen y la manera cómo influye la

organización física en la psicología; llena los vacíos de la primera, si bien es aún estrecho el criterio con que observa e investiga. El exterior social no le preocupa, como si no fuese influyente y moldeador de caracteres. No cuida de dar asentimiento a lo que la Sociología viene proclamando, sobre bases convincentes y reales, mediante observaciones operadas diariamente, en fenómenos sociales de esta índole.

Dedicada a inspeccionar la persona física y moral del genio, apenas si toma en consideración como factores remotos de su determinamiento el medio social, el clima, las circunstancias históricas, las leyes de la herencia, etc. Preciso es, por consiguiente, que agregando en lo posible el criterio de la escuela histórica, que explica el genio, por los factores anteriores, a las formas de explicarle según la escuela conocida ya, se descubriera un sistema que mire a más amplias esferas en estas investigaciones. Con esto se ganaría para el conocimiento de la personalidad de Bolívar, a quien, en virtud de esa manera tan varia y caprichosa del pensamiento, se le ha visto según el criterio de cada una de las escuelas; de donde proviene que tengamos ese conocimiento sumamente parcial tocante a las fases de su multiplicidad personal.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1661
QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

En extremo complicada es la cuestión conforme el plan que me propongo. Sabiendo que las causas que obran en la constitución del genio, en definitiva, son de órdenes varios, se complica de punto el estudio, puesto que será necesario proceder a relacionarlas, y la relación no será así no más, si reparamos que las de cada doctrina, al parecer, son opuestas, y por consiguiente no guardan afinidad ni correspondencia desde cualquier punto de vista. El tenor de preguntas que brota en conformidad a este amplio modo de juzgar el orden intrínseco de la fisiología del genio, en relación con el medio social, el momento histórico y la herencia de sus antepasados, para una respuesta aceptable, exigiría mucha labor, pero en cambio aseguraría mejor conocimiento y buena parte de acierto. Estas preguntas que seguirán a continuación, descomponen el problema en partes, para seguir metó-

dicamente determinando, en lo posible, el valor que cada serie de causas entraña en su labor de constitución genial.

¿En qué momentos, unas causas más que otras, influyeron en la creación del genio bolivariano?

¿A qué orden de causas cumplió más labor y más eficacia en esa creación?

O ¿concurren solidariamente todas?

¿El genio de acción proviene exclusivamente de ciertas causas, y el de pensamiento de otras?

¿Qué criterio debe medir el grado de determinismo en cada orden de causas?

¿El carácter del momento histórico, fue más o menos favorable para la acción de unas causas, mejor que otras?

Ante todo advirtamos que el texto de estas interrogaciones, nos demuestra que el sistema que emplearemos para explicarnos el genio del Libertador, entraña posibilidad de comprender a todas las causas, y que no es dimanado de un mero eclecticismo. Es un sistema mejor previsto, que se aparta, por entero, de ese prurito de querer explicarlo todo, mediante un solo criterio que necesariamente deja lagunas, que truncan toda ilación racional y científica.

En los primeros párrafos me ocupé de poner en claro, cuán equilibrado fue el espíritu bolivariano, y de cómo se efectúa este equilibrio, teniendo como base de semejante calidad, la fuerza de su organización fisiológica, precisamente para entrar en una explicación más lógica, teniendo conocimiento acerca del rasgo fundamental de la persona de Bolívar. Era necesario sentar esa clase de conocimiento, para que las demás investigaciones no sufriesen interrupción alguna; y además, porque arrancando de semejante base, se llega a la conclusión de que, aquel, fue uno de los genios más completos que existieran en la historia humana, debido a que, si en grado supremo fueron lucidas sus facultades intelectivas y morales, no lo fueron en menos sus aptitudes en el obrar, y su destreza en el herir todas las dificultades que, a su carrera, surgían de ímprovisto y a modo de capricho de la naturaleza. Hay más: esas preguntas presuponen que el Libertador es conocido, fuera del equilibrio, en las demás fases de su constitución moral. Para no aventurar las respuestas que deberán ser dadas, creo que de todo punto son necesarias a nuestra mirada, en este lugar, dos cualidades de las predominantes, en la figura de Bolívar. Conociéndole en estos res-

pectos, que son lo moral y humano de sus sentimientos vividos y realizados con fervor, y el modo de su influencia decisiva en la obra emancipadora, esas respuestas surgirán espontáneamente, puesto que en siendo efecto lógico, sus cualidades, de las causas de distinta naturaleza que influyeron en su determinación personal, de la calidad de sus aptitudes, se puede colegir el género y orden de sus condicionantes. Así, pues, las respuestas serán el complemento lógico del examen que hagamos de estas cualidades, y del estudio del medio social, del momento histórico concerniente a la independencia, de la acción de la ley de la herencia en la determinación física y moral de Bolívar.

He anotado que no es infructuoso el que se conociera los rasgos más destacados de la figura moral del Libertador, porque de la calidad del agente, se deduce el carácter y variaciones de su obra. Ahora, sentada la equivalencia entre los factores sociales, étnicos y físicos que influyen en la constitución personal del genio, y el temperamento y las inclinaciones de éste, crece con mucho mayor razón el valor que entraña el estudio de su personalidad moral. Pero como ésta es múltiple en Bolívar, no tomo para mi caso, sino aquellas fases que tienen más fuerza y vivacidad, y, que de puro intensas y dilatadas, han coloreado con sus matices en todo lo que es grande, la obra bolivariana.

Señalando hasta qué punto fue original Bolívar, habré conseguido desbaratar todos esos conceptos errados que le hacen descender a vulgar imitador. El examen de la originalidad en sus ideas y en sus actos, me ocupará breves instantes, para entrar, de lleno, a la determinación de los alcances y del valor de su influencia personal, en los acontecimientos libertarios.

La Francia revolucionaria del 89, entre aquellos primeros principios que fueron la protesta y el grito de todas las reivindicaciones, contra el milerario opresor; que fueron el hosanna de la justicia humana, entonada por generosos apóstoles que preludiaban, a la faz de pueblos y naciones, el respeto a la dignidad racional, propagó también utopías que, en el

fervor del ánimo, cayeron a modo de globos encendidos e inflamaron una hoguera de pasiones. Rousseau que brilla con esos resplandores, cristalizó sus ideas en una circunscripción de sofismas, que hasta ahora son bellos por la forma en que se exhiben, y, por la santa y humana intención que envuelven. Rousseau, autor de altísimas utopías, en la época de la emancipación suramericana, era leído fervorosamente por la *creme* intelectual criolla, en la que Bolívar descollaba en mérito de infinitas razones. Indudable es que éste leía y leía mucho, luego que cesaron de agitarle pasiones y sentimientos de juvenil y humano linaje: como lector de luminoso e ilimitado criterio no se le podían pasar desapercibidas obras que contenían el apostolado de las devociones contemporáneas; y Rousseau, autor por entonces dilecto, debió también haberle merecido, singular estima, como en verdad le mereció; pero de aquí a pretender hacerle vulgarizador de sus doctrinas, corre enorme espacio. Se yergue Bolívar, igual que un coloso de luz que alumbra por sí mismo en cuyo torno giran una serie de gigantes que son una sombra, cuando ese astro no les proyecta fulguraciones. Hacerle descender a vulgar imitador, no expresa sino que se le desconoce; que no se le piensa, que no se le ora con reflexiones dignas de su grande alma.

Rousseau ama a la humanidad, y esto le enaltece, pero también Bolívar la ama a su modo, y congregándose a este objetivo con su genio y con su vida coincidió con el temperamento humanamente estético de Rousseau; porque por amor a la humanidad ambos pensaron e hicieron filosofía, y el uno obró además de pensar, para consumir una liberación de que salieron redimidos muchos pueblos no se puede concluir que el americano imitase al filósofo ginebrino.

Si tal aconteciese no aparecieran en su trabajo sobrehumano esa firmeza y uniformidad, esa armónica dualidad con que se exhiben siempre correspondiéndose lo real y lo ideal; esa consideración vidente de la verdad de los acontecimientos. No fuera el analizador implacable de las incipientes nacionalidades; ni el sociólogo que a fuerza de observaciones profundas toca en la esencia de las cosas: todo lo explica en materia social, partiendo desde un punto de vista global de los motivos y de las causas actuantes sobre las diversas manifestaciones de la realidad. En virtud de su temperamento analizador, da al traste con las maneras metafísicas que ob-

sesionaban a sus contemporáneos, y las sustituye con el pensamiento positivo, del cual hizo, más tarde, Compté, el medio por excelencia para el conocimiento del mundo exterior.

En lo que es él original despunta virgen la virtualidad de nuestra raza, de donde proviene que esta consideración más acrece a las importantes razones que alegué arriba, en favor del conocimiento de su personalidad. No era este hombre original para imitar cosas que, de antemano, conociera insípidas y sin valor de aplicación a la vida; y luego ¿cómo se redujera a imitar pensamientos y hechos que, con relación al acervo histórico comprendido en todo lo que va de existir la familia humana, son mínima cosa? Bolívar va de un punto a otro de la historia, y, en la sucesión de los siglos, repara en todos los sistemas habidos. Estudia los hechos humanos tomándolos a modo de lección; dilata su comprensibilidad y examen por toda Europa, y cuarenta siglos de vivir haciendo civilización la humanidad, es para él un libro, en que se embebece y con que tiene para nutrirse espiritualmente. Profesa gran estima al pasado, porque en él, se aprende a mirar la vida, desde un punto de vista que proyecta luz al porvenir, si bien su genio, vino destinado a suscitar un gran futuro sobre cimientos de eternidad. En el pasado aprende y con su genio descubre. Por esto es que en cada proyecto de constitución, en cada discurso y en proclamas, decretos, etc., resucita los muertos más gloriosos que hablan por medio de su alma; en cada discurso expone esas síntesis peculiares a su carácter, que analizándolas, descomponiéndolas, nos darían materia para tratados científicos que fueran quizá, la clave de muchos problemas que aún se mantienen intocados y que afectan nuestras organizaciones políticas; porque es indudable que necesitamos métodos y acciones que pongan en cobro, a nuestros países, contra ese criterio de democracias espúreas que no proceden del genio político del Libertador, y, que, fieles al espíritu caótico y alucinado de sus autores, han venido aclimatándose con endemia y lasitud en territorios de América.

No fue, no pudo ser imitador de nadie Bolívar; pues no se encuentra rasgo alguno de su vida, que nos revelara tal suceso. Los que se empeñan en sostener que imitó a Rousseau pecan por extrema ligereza en la comprensión de las ideas. Este filósofo, desconociendo el respeto que se merece la antigüedad, la tradición y la historia, desautoriza, totalmente, la labor civilizadora llevada a cabo en todo lo que va de

vivir la humanidad. Niega toda eficacia a la evolución natural, y afirma que la civilización corrompe al hombre. Le parece que el estado de naturaleza cuadraría mejor a los intereses de la especie racional, ya que el hombre inculto, es naturalmente bueno, justo y amigo del orden. Se inficiona en la atmósfera civilizadora, y la religión, la familia, el Estado y el gobierno actuales son pésimos, como lo es la propiedad, flagrante contravención a la ley natural. En consecuencia, quiere que se destruyera todo aquello que proviene de la civilización, a fin de que los hombres vuelvan a su estado natural primitivo, e inicien una sociedad nueva, basada en su Contrato Social; entretanto, Bolívar, subido a la cumbre de los siglos, protesta su estima generosa, por todos los tiempos, y su admiración y amor por Jesús, su respeto por Sócrates, Platón, Plutarco y por todos esos entes admirables que magnificaron la humanidad, mediante esa suerte de infinito iluminado, con que fulgieron sus almas. Rousseau busca destruir todo aquello que estorba el paso del hombre que vuelve a su estado natural; Bolívar comprendió que la obra del tiempo es más que inamovible, afianzó la razón de ser del Estado, de la Familia, de la Religión, de la Propiedad, de las Leyes, considerando que estas instituciones forman el tronco y hogar del bienestar humano; esto es, de la civilización con que aliviaron, sus dolencias, todas las edades.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Tocando en el rasgo más distintivo de su originalidad, que es su aptitud descubridora, fácilmente se convence uno, de lo difícil que es hubiera personaje histórico capaz de subir al rol de aquél. Su fisonomía moral, tan característica, le hace tan uno en la historia que ella sola bastaría a consagrarle inmortal. En este respecto nadie le ha precedido en el pasado y en el futuro alguno podrá seguirle, pero con pasos vacilantes. ¿En qué grado de grandeza moral debe figurar aquél que, no bastándole haber renunciado fortuna y comodidades en cambio del bien social, desconoce todos sus derechos y le vuelve, a su existencia, un continuo deber de servir y amar a sus semejantes? Estos seres no admiten comparación, y el lugar de su morada, en la inmortalidad, está custodiado por esa misma grandeza que no permite acceso sino a selectas entidades. Generalmente los que profesan la moral en su más alto grado vienen a cumplir el papel de redentores, y los redentores son mártires

de su genio, porque comprenden cuánto deben a la humanidad y en qué relación deben mantener su vida con la de sus semejantes. No se paran en los atajos y en las conveniencias individuales: ahorran enormes distancias en el tiempo a la sociedad que camina buscando perfección. Van más allá, mucho más allá de la egocracia, fuerza negativa que resta toda energía que debería redundar en beneficio social. Mirándoles desde este punto de vista, les diríamos, transformadores del orden ético, puesto que esa serie de hábitos, reglas y prácticas vividas al amparo del consentimiento social, dentro de un criterio de poderosa mediocridad, son desautorizados y agredidos por su modo de ser tan fraterno y humano. Creemos que la característica que magnifica el fuste moral del Libertador, ese natural suyo de constituir, en grado máximo, el modo de ser alivio y redención de los oprimidos, haciendo omisión de su vida y de sus riquezas, dando ejemplos de desprendimiento, viene a ser algo así como una espesura de luz cuajada entre sus facultades; es el orleamiento de su alma hecha con sonrisas de Dios. Sin esa cualidad moral, Bolívar, no fuera el genio mágico que ahora nos mueve a adorarle.

Mientras Napoleón se da modos por reducir el universo a los estrechos límites de su yo, buscando pisar sobre los hombres y conseguir una soledad inmensa, rodeado de tétrico aislamiento, Bolívar quiere ser base, columna, roca, que sustenten a la humanidad enhiesta en su ventura. Son dos colosos que no se miran, sino que el uno fija al cielo su pensamiento y el otro esclaviza a la tierra su ambición. Representan las dos fuerzas que en el curso de la humanidad no han cesado de luchar, sirviendo al tenor negativo y positivo del odio y del afecto, del mal y del bien. Discrepan en todo, y, aunque muchos pretenden encontrar acabada imitación en los actos de Bolívar a la vida de Napoleón, esa conducta opuesta tocante a los fines que persiguen y a los procederes de los dos grandes hombres, es bastante para convencernos que cada cual se movió en un rol de individualidad sumamente distinta, en una esfera de acción y de normas contrarias. Antes de sostener que Bolívar imitó a Napoleón es preciso convenir, de antemano, que aquél careció de recursos y de medios para verificar por sí su obra emancipadora, de cuyos efectos se benefició no solo América, más también el mundo entero; pero venir en esa afirmación sería para con-

cluir el absurdo de que Bolívar no fue una personalidad definida, no fue un genio de original manera en el obrar y en el comprender la vida, conforme a sus altos ideales. ¿Qué es la sociedad tocante a la comprensibilidad de Bolívar y Napoleón? Para el uno es un fin y para el otro es un medio; para éste la vida es un fin, y para aquél un medio. Si las razones a que condiciona cada cual su actividad, si los fines que se proponen, si la conducta que observan, todo, todo es diverso, ¿en qué reside la tal imitación? No alcanzo a ver, sin embargo de la fastuosidad y del bélico alboroto con que señala, cada paso de su vida, Napoleón y de su estrepitoso levantamiento en Europa, ¿donde estuvieron los puntos sugestivos a qué imitar quisiese el Libertador? Substrayéndose a ese como deslumbramiento que suelen operar, en la mente, los hechos de Napoleón, no diría sino que en siendo inmensos varios de sus recursos personales, en siendo tan agigantadas algunas de sus capacidades psicológicas, su obra positivamente útil a la especie humana, está en suma desproporción con aquello que podía hacer, dado el modo de estar las cosas, por entonces a favor de él.

La época, los hombres y hasta la naturaleza conspirarían, de haberse propuesto el gran corzo a realizar una obra humana a la cual hubiese identificado su nombre, entre el pasmo de los siglos y la gratitud de las generaciones.

Cuando la Francia llevaba sus legiones, cubiertas de laureles hasta el seno, lo mismo de las naciones que de los continentes, ¿a qué no estarían dispuestos, con excepción de ser esclavos, los pueblos y los reyes?

Si no fuese él mismo ególatra, que se tributa y oficia, habiéndole tornado al mundo siervo de su codicia desmedida ¿en cuánto no hubiera ascendido de perfección la humana convivencia de las naciones? El Derecho Internacional acaso no hubiera sido el Código por excelencia, a que ajustaran, ineludiblemente, su conducta los Estados? Si él, lejos de trocar en castillo de balas al Viejo Mundo, le hubiese puesto a servir su alma y su valía a la causa de la socialización, el rumbo por entonces incierto que seguía Europa, se hubiera enderezado por el sendero que conduce a la realización del ideal humano de acercar entre sí a los hombres y asegurarles ascendrada armonía en su convivencia. Quizá la hecatombe del 14, antes que envolverla en

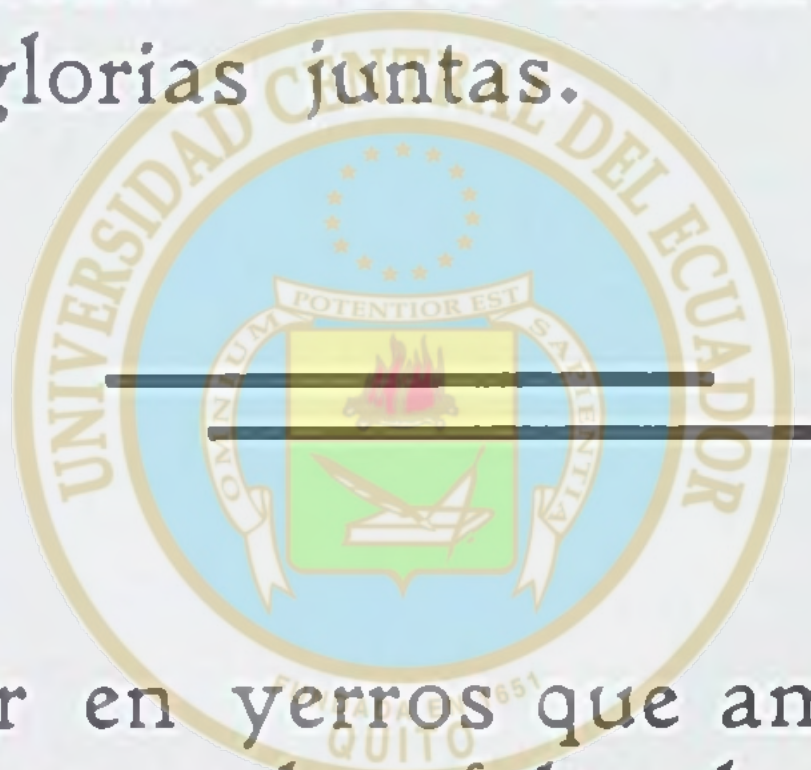
luto a la humanidad y ser un asesinato de fieras humanas, hubiera consistido en una fiesta que las naciones dedicaran a la civilización.

En ese rapto de humanizamiento, talvez cuando se le metió el ángel de la paz en el corazón, no nos consta que, al haberlo dicho solo, hizo brillar ese *fiat* jurídico que sirvió de norma a los códigos del orbe civilizado?

Sabemos también, por las enseñanzas de Taine, que sin demasiado agitarse, reencauzó el desbordamiento revolucionario, en que la Francia estaba en peligro de zozobrar; de consiguiente, si él, prescindiendo del afán de avasallar monarcas y ganarse imperios, se hubiera dedicado a enriquecer la cultura humana, extendiendo el poder de la justicia y dilatando la acción moral, ¡cuánto no le agradecieran los hombres todos del orbe! No tuvo en qué fijarse el Libertador para imitarle. Los dos, naturalmente, deberían ser irreconciliables, dados sus temperamentos contrapuestos e ideas contrarias. Básteme recapacitar sobre el papel que ejercería Bolívar, en la hipótesis de ocupar el lugar de Napoleón, para colegir que no pudo imitar, ni tener el carácter de tal. En el ambiente de éste, aquél, ¡cuán distintos hubieran sido los acontecimientos! Bolívar actuando en un medio social sabio por la experiencia, benéfico por la cultura, ilustre por su civilización milenaria; de árbitro de pueblos poderosos, de generalísimo de las legiones más temidas, y servido por pensadores de qué talla, y servidor el sólo al bien humano, ¿qué revolución sublime no hubieran venido a palpar los tiempos, después de la predicación celestial de Jesús, al empuje de su fuerza generadora de Estados y Naciones libres? Por supuesto estas reflexiones están bien para hipótesis. Las cosas sucedieron y el Libertador consumó una obra indigna de Napoleón y digna suya. Transcurrida la época contemporánea de la vida de estos dos hombres, la apreciación pública ha venido serenándose; y, tocante a ellos, emite opiniones en un todo distintas. Es que la historia comparece, tornada juez y testigo, ante las posteridades que fallan en nombre de la justicia y de la verdad, en nombre de la especie humana, la cual, con el alma siempre dispuesta en todos los pueblos y en todas las naciones, a encarecer a los que hacen labor socializadora, no ha podido menos que medir el valor intrínseco de las dos personalidades, por sus hechos y por su obra, según la intensidad de bien humano que entrañan y su extensión en el tiempo y en el espacio. Como el Libertador hizo obra

de redención, cuyos efectos consisten en un haz de Estados independientes, su calidad beneficiosa es indiscutible, y durará tanto cuanto fuese independiente América.

El genio del egoísmo inspiró a Napoleón su imperio universal. El espíritu de confraternidad y de convivencia humana hizo nacer en Bolívar el proyecto de Confederación suramericana. Grandes ideas hierven en estos dos cerebros e inmensas aspiraciones les avivan; pero las del uno son de carácter negativo, mientras las del otro envuelven impulsos de obrar, en el sentido de la liberación contra ese espíritu absorbente del despotismo ancestral que ha anquilosado los pueblos. De donde proviene que no la América íbera, pero sí la voz del orbe civilizado, está proclamando la singular originalidad del Libertador, en eso de hacer obra de cultura sacrificando no sólo la vida, más también su misma reputación que, para su sentimiento moral inflexible y perfecto, importó más que todas las glorias juntas.



Para no incurrir en yerros que amenguan la originalidad del Libertador, y que revelan falta de esa penetración indispensable de su persona íntima, al juzgar acerca de la calidad intrínseca de sus ideas y de sus hechos, conviene no olvidar que el sello característico, el distintivo original de un individuo despunta en los momentos que inicia su actividad. Lo peculiar e inconfundible del ser y de las cualidades bolivarianas empezó a demostrarse desde los primeros momentos de su carrera política. En 1812, en Cartagena, se exhibieron de bulto sus capacidades intelectuales; en ese instante de iniciación suprema de su gran vida; allí cuando el acervo ideológico estuvo fresco en su memoria; cuando las figuras absorbentes de la Revolución francesa debieron estar más vivas en su imaginación, allí es cuando se revela un gran pensador, un espíritu titánico, rebelde a las teorías, insugestionable, libre y demoledor de lo caduco, que busca descubrir y ordenar las cosas a reglas que ningún pensador expuso en esa forma coordinada y sintética como él.

En 1812 publicó un manifiesto en Cartagena. Este documento señala el principio de la determinación de su perso-

nalidad. El genio que sintetiza, la profunda penetración que agudiza el análisis en la complejidad de los problemas, el entendimiento que descubre verdades ocultas y penetra la realidad social, exponiendo desnudos sus caracteres y cualidades, son en general, las condiciones de esa célebre pieza histórica.

Empiezo a tomar, a la ligera, la forma y manera de su inteligencia, animoso de salir por los fueros de lo inquebrantable de su originalidad profanada por aquellos que, lo mismo sirven a la verdad que a la mentira, ya que puesta su avidez en el aplauso, retiran todo modo de ser sincero a la realidad histórica, y en nada tienen que nuestra tradición, propicia a despertar culto y amor para nuestros mayores, venga a menos cuando se la desfigura y mutila, a fuerza de hacernos creer en la acción del pensamiento y caprichos del exterior, en el medio social de América, y en la conducta del Libertador.

Esta acción de que tanto se habla, en parte tiene verdad, sobre todo en aquella que, no encontrando resistencias en los valores y fuerzas étnicas de América, se opera por necesidad y de modo fácil sobre los distintos medios sociales del continente; pero de este caso a sostener que vivimos a merced de la naturaleza de vida que se observa en el Viejo Mundo corren diferencias y consideraciones por hacer. Ante todo observemos; no se ha menester fatigar la mente para vencerse de ello: parece que el genio colectivo disgregado informemente en la colonia, en la época heroica, condensó sus virtualidades, y a la vez que trascendió al exterior cristalizado en Bolívar, se repartió en las colectividades que secundaron a una y fervorosamente la actitud del Héroe. Pasajes hay en ella que, a despecho de los que le miran como una imitación de la Revolución francesa, no pueden confundirse, sin contravenir a la unidad y colorido de la obra netamente americana, con otros del mismo género que nos cuentan las historias griegas, romanas y francesas. Basta reparar que el ambiente y la raza individualizan las cualidades humanas, para concluir que a tales hombres corresponden tales hechos. Los de nuestra independencia, la acción y conducta general de sus agentes, y, señaladamente de Bolívar, se resumen en lo grandioso, salpicado de ese espíritu tan alto de humanidad, que no han tenido precedente ni serán repetidos, acaso en el futuro.

En realidad, los momentos sociales más hondos, más impulsadores de civilización contemporánea, aportadores de sabia socializadora, de acervo espiritual y humano al progreso moderno, casi coincidieron. La Revolución francesa, con poco precedió a la de Sud América; mas esto no justifica el criterio de muchos propensos a ver en los episodios de nuestra epopeya, un reflejo, un remedo del sacudimiento de 1789, y en sus militares más respetables, a meros agentes de las ideas y manejos de este mismo acontecimiento. No cuadraría ciertamente que a los hechos ejecutados con ese carácter conmovedor y humano que no desentonarían con las más gloriosas tradiciones, les matizasen aquellas tintas de horror y espanto, puestas por Robespierre y Marat, en innumerables movimientos que fueron anatema y baldón contra la humanidad. Que hubiese cierta relación entre los fines de ambos movimientos, semejanza de aspiraciones, no quiere decir que el uno fuera repetición servil del otro. La diferencia que media entre los dos es enorme, haciendo cuenta, particularmente, que la conducta de los agentes y los medios que estos emplean cambian de índole y maneras: las coloraciones generales que matizan a los dos, difieren tanto por los sentimientos que inspiran, cuanto por la moralidad y tono heroico que envuelve la ejecución de la emancipación suramericana.

La forma con que se ponen en ejecución los fines de ambos, varía enormemente. Siendo así que un abundante caudal de ideas abstractas es puesto en contacto con las mayorías analfabetas del pueblo francés, a cuya comprensión, apenas acceden las ideas más generales que halagan a su vanidad, no sucedió sino que obrando menos en la inteligencia de las multitudes que en sus pasiones, el gran movimiento transformador, de ordenado y sistemático que era al principio, se trocó en un hecho social espantable, el cual sin dirección suprema, que imprimiese el sello armónico de la acción inteligente y productora, estaba a merced de pasiones hirvientes y desordenadas. Propiamente no es agente racional el que impulsa el desarrollo de los acontecimientos, puesto que todo lo que concierne a la razón está absorbido por el fragor de las pasiones más exaltadas.

Exacerbadas las masas, toman por su cuenta el manejo de las cosas; y, respecto de los efectos de su obra, dígame si no fueron una destrucción, y si aquello no constituyó una fe-

roz masacrada, que lo mismo hiere al pasado, que sacrifica al porvenir.

En la revolución americana, la parte pertinente al pensamiento es sencilla, clara y definida, y, por cierto, correlativa al sentimiento innato de liberación que, en grandes épocas, trascendió al exterior, en hechos que indiscutiblemente muestran el afán de emanciparse de nuestros mayores.

Nuestra independencia ostenta modalidades, aspectos propios, y una expresión general sembrada de proezas. Ese brillante espíritu heroico que se transparenta en todos sus episodios, no encuentra parecido con aquellos que caracterizan la Revolución francesa. La victoria de Bárbula, el sitio de Cartagena, el sacrificio de San Mateo, el paso de los Andes en que Bolívar se agigantó, tocando la cúspide del heroísmo, el patriotismo hecho milagro de Calderón en el Pichincha, y el éxodo de San Martín, que arrastra victorias desde el Plata hasta el Tequendama, serán eternos luminares que fulgirán siempre en nuestro pasado legendario. Si medimos la bizarría de nuestros héroes por la de los que promovieron y consumaron las ejecuciones de setiembre, resultará que los primeros se dieron a la lid en hermosos encuentros.

Tocando a los directores y protagonistas de ambos acontecimientos, habré de deducir, considerando que en el uno, el pueblo loco las más veces, que llora o que ríe, danza, se aquieta según el tenor de las predicas tornadizas de los oradores que en su seno se improvisan y que en el otro, en el de América, los que impulsan y dirigen las maniobras, son pocos, pero hombres de responsabilidad definida, a cuyo cargo se echan la suerte del continente, habré de deducir, digo, que los constitutivos de los dos grandes hechos sociales son en extremo diversos. Mientras en la Revolución francesa, el pueblo se manda y se obedece, obrando por su cuenta, en la Americana, floración espontánea del desenvolvimiento natural, no pudo faltar el fenómeno de subordinación a una cabeza directora peculiar e ineludible éxito de las transformaciones sociales. En la primera fluyen fuerzas y energías sociales que jamás se mueven en una dirección determinada: en ese incontenible desbordamiento la labor beneficiosa es escasa, por que hay mucho desperdicio de sabia social; en la segunda, los factores corren sometidos al plan preconcebido de un jefe, factor de obra, de pensamiento, que a la vez que impone disci-

plina y el sello de su armonía personal a todos los negocios, imprime unidad en el acuerdo y ejecución, con que hace conspirar todas las voluntades, todos los pensamientos y todos los entusiasmos a la ejecución del magno ideal libertador.

La Francia del 89 se denota como un coloso espíritu que lanza la «buena nueva» por entre los cuatro puntos cardinales del globo. Rasgando el cortinaje negro del oprobio, aparece iluminada con vestas divinas, para predicar por la justicia y la humanidad. «La tiranía descabezada a sus plantas» y un milenario de desatinos y baldones demolido, descubre en exhibición a las naciones.

Según es su porte acertado y alto, promete ordenar el curso de la Revolución, desarrollarle llevándole hasta el éxito; mas no pasan muchos días, cuando las cosas se truecan haciendo esperar una epopeya sangrienta y empapada en absurdos; porque el sujeto que actúa ya no es el bien intencionado y sabio, sino la colectividad anónima que entra a saco en el pasado, sin miramientos por su legendario glorioso, sin profesar el respeto que se merecen la ciencia y la belleza, el honor y la dignidad. Las maneras desenfadadas y elocuentes de algunos egregios oradores, nada pueden contra la turba enceguecida. Ni Mirabeau con su hermosa desenvoltura y valentía, ni Malesherbes, con su inmutabilidad y porte sereno; ni Vergnieau con la euritmia y afluencia armónica de su voz y su palabra, ni todos aquellos que disparan su habla y sus vistazos de fuego contra el desatino popular, no consiguen sino avivar el desafuero que tiene ganado el corazón de la canalla, encender más las pasiones que le han vuelto una hoguera a toda la Francia. De semejante estado de cosas ¿qué iban a imitar nuestros patriotas?

El género oratorio peculiar de la Revolución, en cuanto es fluido ruidoso y en extremo generalizador, en verdad fue vitoreado y tenido en grande e incondicional aceptación, por la mayoría de los hombres ilustrados de aquende los mares. Indudablemente los oradores franceses iniciaron su escuela en América, que no fue mal cultivada por varios de nuestros patriotas. El carácter abstractivo de sus discursos, así como su valor y elegancia se observan también entre los oradores americanos que inician el golpe emancipador. En las Juntas de Caracas, Santafé y en las de otras ciudades suramericanas no faltan oradores que descuellan a la francesa;

pero de aquí a que todo el hecho de emancipación fuese imitador del movimiento revolucionario francés hay mucho trecho.

Todo es distintivo e íntimo del continente; y en el pensar y el obrar de nuestros próceres y grandes capitanes, se reflejan los recursos y aptitudes de la raza. Ancho espacio tuvieron las nacionalidades, que se definieron mediante la independencia, para venirse gestando en el devenir colonial, puesto que la adaptación al medio, la convivencia, el vínculo religioso, jurídico y de idioma, la tradición de tres siglos no fueron poca cosa, para formarlas lentamente. Si todo esto es elaborado en tierra americana, cuya fructuosidad natural, contribuyó a crear esa como alma de América que, llena de virtualidades, estalló en eclosión de fuerzas durante la guerra contra la Metrópoli, ¿por qué razón no hemos de pensar que Bolívar, nuestro genio representativo, cuya vida es la síntesis de la vida de América, fuera todo él un mundo americano en pequeño, que no requirió sugerencias e inspiraciones provenientes de ajenos lares?

Abrámosle nuestro corazón, para ser más íntimos con él, pero a su vez, toquemos con tiento su vida, valorándola reflexivamente, en cuanto es original y distinto, de aquellos que siendo grandes en la historia, han figurado antes que él en la cumbre de la inmortalidad. ¿Por qué pudo el Libertador buscar ejemplos que, en talla y en calidad, estaban por debajo de su alteza personal, de sus miras y de sus actos? Convenir en esta especie sostenida por franceses que el egoísmo nacional, explicable por cierto, en ellos, les mueve a poner en el caso de imitador a Bolívar de los actos y de la conducta de los grandes de Francia, no significa sino, o que somos del todo aplebeyados de espíritu, o que nuestros entendimientos no alcanzan a discernir de cuánto es capaz la individualidad humana, cuando se mueve por su cuenta y por su cargo, dentro de su esfera personal, nutriendo a su alma de sus fuentes originales.

¿En qué sufre quebranto su originalidad? Tal vez en sus proclamas y discursos?; tal vez en sus sistemas y combinaciones políticas? No digo en sus proezas, no en su patriotismo, toda vez que en lo primero, nadie le alcanza (1) y «es

(1) «Bolívar y la Democracia», por Marius André.

el genio militar más grande que conoce la historia» y en lo segundo, fue miembro de la humanidad; pues su América destinó para reserva del universo; y, por consiguiente su patriotismo magno y dilatado como su patria, subió arriba del cálculo mercantilista que ha agobiado y que aún agobia a los espíritus.

No es que aventure la verdad, afirmando que el Libertador no necesitó medios ni requisitos extraños para obrar. Su genio eminentemente constructor, tenía recursos para proceder a su obra constructiva y demoledora a la vez.

He dicho ya que si hubieran influido otros factores en su conducta y en sus maneras de pensamiento, el momento más propicio en que se demostrasen esas influencias hubiera sido aquel en que inicia su carrera pública; puesto que allí debieron demostrarse el deajo y la entonación de las circunstancias que determinaron su modo de ser. Mas en esos instantes es cuando empieza a desconocer la bondad de las teorías elaboradas en esa forma absoluta, que siendo ilimitada en extensión, es sumamente pobre de sentido e intensidad. Cuando la doctrina de la Democracia absoluta era mirada con fervor y nadie osaba sorprender en su inaplicabilidad a las relaciones sociales, defectos de marca, él levanta su voz muy alto; y, en tono preciso, desde Cartagena, hace una crítica contra todos los errores comunes de la época. Enseña lecciones relativas al modo de elaborar la ley; determina principios concernientes a política y tocantes al arte de hacer la guerra. Parece que provinieran de un viejo maestro en aquello de constituir Estados, conducir ejércitos a la victoria, a fuerza de haber pensado, obrando durante una vida intensa y profundamente laboriosa; y entre tanto brotan de su espíritu joven que no ha sido ni militar, ni estadista, ni otra cosa que abone sobre su preparación; pero que en cambio cuenta con un espíritu atlético en cuyo seno abarca una conciencia y un sentimiento que, siendo del continente, se han reflejado en él. Juzgo que el genio de Bolívar estaba ya formado y reluciente cuando habló a las naciones en 1812. Porque es allí cuando empieza a tratar tan magistralmente sobre los negocios de la Emancipación; y desde entonces, no encuentra competidor en el pensar y en el decir. Genios de su talla, que son expresión nata del equilibrio y del sumo acierto de sus facultades en lo de aplicarlas a la vida cotidiana, no son susceptibles de humillarse buscando como imitar a otros. Bo-

lívlar, a la sazón, denota que trabaja intelectualmente sin emanciparse de las consideraciones correspondientes a la existencia material: su laboratorio es la realidad social, la naturuleza en cuyo seno gusta explorar; atormentándole, en expresión de Bacon, «para arrancarle sus secretos». Ya no es hombre que se entrega a confiar en lo que otros piensan; ni cree, ni tiene fe en nada mientras no lo ha examinado por su propia cuenta. Es de aquellos que, examinando hondamente los problemas que afectan a la vida total de un pueblo, definen y concretan las ideas que en una sociedad se encuentran informes y confusas; que encauzan las fuerzas sociales desparramadas irregularmente; que aciertan en los males que afectan a un pueblo o a una época; los que interpretan con singular fidelidad, el sentir común y las aspiraciones sociales.

Bolívar actuando en conformidad con el carácter de las circunstancias y de las exigencias complejas de la sociedad, reparte sus actividades a distintas disciplinas; obra en uno u otro ramo; trabaja tesoneramente y nunca se fatiga. En ese tiempo, en América, no podemos decir que la ley de división de trabajo ejerciese la acción casi completa que en nuestras sociedades contemporáneas. Los agentes que pudieron ponerla en ejecución, tienen que aprender en la manera de actuar el Libertador, pero hasta tanto éste lo hace, por sí, todo: organiza, legisla, administra, ordena, dirige batallas, provee a las necesidades públicas y mantiene el orden y la disciplina en sus ejércitos, y todo, cuando el enemigo le estrecha por todos lados; ¡este hombre tan vario, tan múltiple, riquísimo en recursos personales, tan poderoso de espíritu y de corazón, hubiera esperado ajustarse a la línea de conducta de otros seres para obrar! Lejos de *teorizar*, demuestra al público las excelencias del sentido práctico que debe observar aquel que conduce pueblos, dicta leyes y lleva sobre sí las responsabilidades de un alto magistrado. El es el único que sobrepasa al rol de los alucinados y sinceros imitadores de las generalizaciones filosóficas que avasallan con dureza a todos los intelectuales de la época.

Se pone arriba de todos, porque su filosofía es para vivirla, toda vez que no es una metafísica ni una serie de proposiciones absolutas carentes de sentido real y de aplicación a la vida. Su filosofía nació de los atinados estudios que hizo del medio social de América, y por esta razón procla-

mó reglas en un todo opuestas a las que sustentara Rousseau en materia política. Y sin embargo que han transcurrido muchísimos lustros, la utilidad y la fuerza de los pensamientos del Libertador, no se han debilitado en un punto; pues él es quien hasta ahora vive en la opinión, luchando contra las teorías, porque dado a descubrir leyes y relaciones naturales, no contravino jamás al principio de observar fielmente la acción de leyes históricas ineludibles; conoció que crear meras fantasías, no equivale a descubrir causas desconocidas o escondidas a los que, trabucando los hechos y los conceptos, renuncian a conocerlos.

Y cuando vió que en materia política, la imaginación y las utopías dieron de manos con la obra de la prudencia y del buen juicio; cuando se convenció que los políticos y legisladores, sin la luz de la experiencia, pretendieran hacer leyes y organizar, del modo que a ellos les pareció irreprochable, tan solo valiéndose de teorías abstractas, trasplantando métodos y sistemas extraños al ambiente, e impropios de llenar las necesidades de los pueblos, presintió cosas funestas para América; por demás penetrante era la visión suya del futuro para que no predijese la hecatombe democrática que amenazaba desgajarse sobre su creación. Ese caos psicológico que se levantó, en los nuevos Estados, a las postrimerías de su vida; ese hervidero de pasiones, a cuya febrilidad fomentaban la codicia e ingratitud de sus capitanes y tenientes; la felonía de muchos; la torpeza de no pocos; el 25 de setiembre atizado por Santander, cuya figura hubiera sido ilustre, pero sin el empañamiento de esa fecha nefasta, y sin los modales solapados que de tan torcida manera empleaba para con su protector y padre de la patria; las zarpadas que echaba el león de Páez, después de repetir varias ocasiones la conducta de Judas con respecto a su señor y dueño; las traiciones y los desconocimientos de los políticos y dignatarios del bajo y alto Perú; el desconocimiento por parte de los pueblos, de sus propias condiciones; la ninguna preparación de sus dirigentes, eran un libro para el genio de Simón Bolívar, en que leyó la suerte preñada de tempestades que esperaba a Colombia y a las demás naciones. Pero él, precisamente, por estas razones se esmeró en conservar alba e impoluta su alma; porque entendió que si habría muchos enemigos contra la ventura y tranquilidad del continente, ella, su alma de oro y eternidad, sería el ejemplo y el talismán, la pulcra inspiración de

cada Estado y el genio de la esperanza que, en cada alborada, cantara el hossana por el advenimiento de la era nueva. Si; Bolívar vive, aunque impersonal en la materia, pero agigantado y esplendoroso en el corazón de cada pueblo, y en todos los repliegues, aún en los más recónditos de la conciencia colectiva de América. Además su modo de obrar en general entraña tantas sugerencias, tantos hermosos principios de conducta militar, tantas invalorable reglas de conducta moral, que es imposible pensar que en los momentos del despertar altruista de las almas hacia una fuente de mejoramiento, no se le tuviera en cuenta para determinar de acuerdo con ellas, la calidad de vida republicana que pretende observar la nación.

Para concluir este asunto, insistiré que a nosotros conviene combatir, en una u otra forma, cualquiera imputación que hicieren contra la originalidad del Libertador; sabemos que en virtud de su fuerza de originalidad impresa a sus actos y procedimientos, y en mérito de la grandeza moral que humano alguno la tuvo tanta, con ese velo de resplandecimientos por el desinterés y el sacrificio, en cambio del bien social, en la actualidad, está principiando a ser objeto de estudio por los hombres más respetables del mundo civilizado; mas, como los autores que exhiben a Bolívar, son de criterio diverso y casi nunca imparciales, la labor más prolicua para ellos, consiste en presentarle como uno que no hizo más que imitar, olvidando que si aún en las medianías cabe algún rasgo de originalidad, en los genios, ésta es su distintivo, su fisonomía general; y luego hasta como punto de amor propio, debemos bregar porque los fueros de su originalidad descuellen impecables ante el sentir de la opinión universal. Felizmente, no requiere rudos esfuerzos esta labor. La obra que es macisa y sólidamente asentada en virtudes y hechos robustos como el roble, en cuanto tiene de alteza moral y profundo espíritu humano, en su mejor parte, se defiende ella misma contra sus detractores.

La maldad de los hombres no es tan poderosa para destruir lo que en sí mismo es bueno. Hechos e ideas, dignos del cielo, no pueden ser amenguados por la diatriba y el libelo. A los principios que exhiben verdades destinadas a reglar la conducta de las sociedades, no alcanzan los disparos de los mal intencionados. El ideal que encarna la civilización y el modo de procedimiento general que debe observar Amé-

rica, lo escribió el destino, con tintas de eternidad y caracteres de llama, en la vida original de Simón Bolívar; y su ideal por cierto, es la justicia redimida del viejo ancestralismo que mantuvo agobiada, a una época milenaria, bajo el rumor de esa quimera que suscitaron los prejuicios en favor de los predestinados, de los monarcas, oleados con el falso supuesto del origen divino. Su justicia, no es la que magnificaron los griegos en la excelsitud de sus pensamientos; no es la de los romanos que en su delirio de ganarse el universo, contravinieron a sus normas principales; no es la justicia quebrantada de los tiempos medioevales, ni la imposible de la Revolución francesa: es la de Jesús, que predicó el amor y la fraternidad, en el concepto humano de la palabra esto es que siendo imposible la igualación absoluta de los hombres, la desigual distribución de sus capacidades naturales debía equilibrarse, exigiendo a los espíritus capaces y privilegiados naturalmente, un esfuerzo y un sacrificio, en pro de los desgraciados y de aquellos a quienes la mala ventura, trueca en víctimas de las viscisitudes humanas. Jesús hizo la siembra de sus doctrinas en el espíritu de los hombres. Dejó un vigía para la custodia de su inmenso haber y para la propagación de su labor, revistiéndole de atribuciones espirituales con que ejerciese jurisdicción en las conciencias. Ese es el sacerdote honorable, impoluto, de albo corazón y de manos purificadas; pero lo que Jesús recomendó a la iniciativa espontánea de los hombres, sin más coactiva para los contraventores de sus principios, que las sanciones ultraterrenas, Bolívar le vuelve derecho y deber: las aptitudes y los privilegios naturales deben ejercerse de acuerdo con la ley, en beneficio de los desheredados por la naturaleza. Los rigores de ésta deben atenuarse, por la bondad y vigilancia de las leyes. Propiamente el Estado de Bolívar propende a cumplir esta misión. No es el absorbente y omnimodo de los antiguos, ni el gendarme y mero vigilador de los modernos. Es la entidad que interviene entre la naturaleza injusta y la naturaleza artificial de los hombres que, absorbidos por el ideal de justicia absoluta, propenden a distraer la acción de leyes naturales, con sus quimeras. En el rapto de amor humano, no pudo más su exquisita sensibilidad que las miradas penetrantes de su clarividencia; y así, primero que convenir con Rousseau, tocante a la igualdad absoluta de los hombres, proclama la proporcionalidad de los derechos y obligaciones

con la posición peculiar de los individuos, partiendo del principio que todos tienen derecho al bienestar social y particular, cosa que fuese imposible sin la acción benéfica y efectiva de los poderosos. Es original en todo, y, particularmente, cuando concibe el orden jurídico en el género de las sociedades civilizadas. La naturaleza jurídica y política, en concepto del Libertador, no es sino expresión neta de lo que se vive o de lo que se viviría, de acuerdo con las leyes naturales que rigen una sociedad, en que la cultura y el buen sentido, caminan de bracerero. Sus ideas concernientes a los dos órdenes enunciados, no pecan de extravagantes; pues, en ellas, denota que interpretaba la naturaleza con esmerada fidelidad. La disciplina, el orden, para toda entidad políticamente organizada, y un poder superior que les garantice, brotan del criterio natural de las cosas; y a este principio ajustó su pensamiento de estadista. La cualidad sociable del hombre y las diferencias de individualidad en cada sér, llevan consigo principios y exigencias que no han de dejar de tener justificación y razón de ser nunca. En las formas políticas de organización que ha suscitado el ingenio humano, se observa siempre el interés primordial, de amoldarse a esos principios y llenar esas exigencias, solo que los medios adoptados en cada nación y en cada Estado, no han sido lo suficientemente idóneos para cumplir semejante ideal. La Monarquía, la República democrática con todas sus particularidades, no han demostrado ser lo mejor en materia de organización política, ni se puede afirmar que fuesen. Los límites de un criterio de organización política se extienden a más amplios horizontes; y es que el orden que rige o debe regir la convivencia social, y de la cual es el primer imperativo y, a cuyo conseguimiento han propendido las formas de gobierno concebidas sistemáticamente, no tanto proviene y depende de la calidad de las formas políticas, sino de las condiciones culturales y etnológicas de los individuos. El Libertador nos lo dice en este sentido; y así lejos de aplicarse a encarecer una determinada forma de gobierno, señalándole como adecuada para los países americanos, estudia primero a los pueblos en su constitución social intrínseca. Lo principal en materia política, según juzga él, consiste en conocer los pueblos y los hombres, sus cualidades, sus exigencias, sus hábitos y sus costumbres. Un examen de esta laya arrojará la luz necesaria para orientar el criterio del estadista y del organiza-

dor, para quien, la forma de gobierno será secundaria con respecto a los trabajos de análisis e investigación sobre la psicología colectiva. Bolívar da a comprender que la naturaleza de las organizaciones políticas no debe ser sino el corolario de la constitución étnica y del temperamento social de los pueblos. Necesariamente, no se debe apelar a la Monarquía o la República, para llenar las necesidades políticas. El legislar, a más de esos moldes, debe buscar otros que entrañen más eficiencia e idoneidad y que cuadren enteramente al espíritu peculiar de una sociedad. Su originalidad en este orden de conocimientos consiste, por consiguiente, en que, rompiendo el respeto consagrado a las doctrinas, y rebelándose contra las autoridades, echó a caminar buscando otros derroteros que condujeran a maneras de organización política que no fuesen la Monarquía y la República. En realidad, sus concepciones tocantes a formas de gobierno, no tienen parecido con las de ningún pensador y publicista anterior a él, ni posterior tampoco. Ellas no determinan los caracteres de las formas clásicas y desde antiguo conocidas; entrañan una especie nueva, en que el sello de la originalidad les imprime un acervo de sugerencias que mueven a estudiarlas detenidamente. ¿Fue monárquico el Libertador, o republicano? No lo sé, pero luego procuraré comprenderlo.

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(CONTINUARA).